

Anselm Grün

Humildad y experiencia de Dios



Desclée De Brouwer

ANSELM GRÜN

HUMILDAD Y EXPERIENCIA
DE DIOS

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2015

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
I. LA ESENCIA DE LA HUMILDAD	15
Humildad y pureza de corazón	15
Humildad y verdad	26
Humildad y amor	32
Humildad y experiencia de Dios	41
II. VÍAS HACIA LA HUMILDAD	51
Trabajo físico	52
La relación con el prójimo	58
Compunción del corazón	62
El silencio	66
III. CONCLUSIÓN	71

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

El libro *Humildad y experiencia de Dios*, publicado en 1978, fue el segundo de los textos que he entregado para su publicación. Este pequeño volumen estaba basado en un conferencia que di el año 1976 a los hermanos de la abadía de Münsterschwarzach. En este libro traté –pensando ante todo en mí mismo y luego en los demás religiosos– de relacionar la idea de humildad con nuestras experiencias espirituales y con los conocimientos de la psicología.

Al leer, siendo todavía yo un joven novicio, el capítulo sobre la humildad de la Regla de San Benito y escuchar las explicaciones que sobre él tenía que darnos nuestro maestro de novicios, no me sentí en absoluto cautivado por lo dicho en sus páginas. Su contenido pecaba para mí de excesivamente negativo. Mi ingreso en el monasterio había respondido a mi entusiasmo por anunciar el mensaje de Jesús de una manera distinta y menos ingrata a los oídos humanos, y por entonces el capítulo de la humildad se me antojó en exceso pesimista.

Sin embargo, conforme ha ido prolongándose mi estancia en el monasterio, he acertado a entender tanto más claramente que la humildad, en cuanto

actitud espiritual, es el presupuesto básico de toda experiencia de Dios que quiera ser genuina.

Siempre que oigo hablar a algunas personas de sus experiencias de Dios, mi primera reacción es de escepticismo. Con frecuencia siento que hablan de ellas en voz excesivamente alta. Y a menudo tengo la impresión de que lo que la gente busca con ellas es ocupar ella el primer plano. De Dios tiene verdadera experiencia únicamente la persona que es humilde y que tiene los pies bien puestos sobre la tierra. El que trata de subir demasiado deprisa al cielo, como mostrara ya con toda contundencia el mito griego de Ícaro, solo consigue precipitarse en el vacío.

Pediría, pues, a todos los que estén buscando a Dios, que abran su corazón a lo que estos textos, en los que están reflejadas mis luchas como joven monje con el misterio de la humildad, tienen que decirles. Hoy, treinta años más tarde, expresaría seguramente algunas de las cosas dichas en ellos de una forma diferente. Pero, pese a ello, al releerlos incluso yo mismo me he sorprendido en ocasiones de lo que por entonces –con 31 años recién cumplidos– acerté a escribir sobre la humildad. Para ello me ayudé no solo de las ideas de los Padres del monacato, sino también de lo dicho por algunos escritores y psicólogos.

Ojalá que estas ideas sean hoy también de ayuda a lectores y lectoras para andar con humildad y rectitud su camino a Dios, y hacer una y otra vez llenos de asombro un alto ante el misterio de Su incomprendibilidad.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, la pregunta por la cognoscibilidad y el conocimiento de Dios, sobre la que en tantas ocasiones ha vuelto la teología con renovados impulsos, ha cedido cada vez más su sitio a la pregunta por la experiencia de Dios y las condiciones de posibilidad de la misma. Son algo más que los conceptos lo que ha cambiado aquí. También la perspectiva lo ha hecho. Lo que hoy nos interesa no es lo que de Dios sabemos y podemos expresar en ideas, sino cómo nos sería posible tener experiencia de Él. Cansados de distingos racionales entre conceptos, tenemos ansia de realidad, de experimentar eso que sería capaz de sanar una vida escindida y a cada día que pasa más desatinada, como la nuestra, e insuflarle un sentido.

La fascinación que la expresión “experiencia de Dios” ejerce sobre los hombres de nuestra época, no parece poder predicarse con la misma fuerza de la otra palabra que integra el título del presente volumen. “Humildad” es hoy para un gran número de personas una palabra plagada de connotaciones negativas. “Humildad” induce a pensar en personas incapaces de afirmarse, que se rebajan a sí mismas,

que eluden sus responsabilidades, que no tienen ninguna confianza en sus capacidades y con las que, por eso mismo, nada puede emprenderse. Asociamos la palabra con gentes que “encorvan el lomo”, se arrastran ante los demás y eluden los desafíos de la vida. Sospechamos que tras ella se esconde una falsa modestia que enmascara un egoísmo oculto, un egoísmo que busca alcanzar sus objetivos camuflándolos bajo un manto fraudulento de piedad, pretendiendo no tener consciencia de ellos y sin reconocerlos como lo que son.

La palabra *Demut*, “humildad”, se emplea en alemán la mayoría de las veces para describir un comportamiento adoptado ante otras personas. Derivada del antiguo alto alemán “diomuoti” (a través del medio alto alemán “diemuot”, de “ánimo servicial”), con ella se significa el valor para servir, por lo que ha venido entendiéndose desde un principio como una virtud social. Entre los monjes antiguos su significado era otro. Las palabras “tapéinosis” y “humilitas” fueron ante todo utilizadas por ellos para referirse a una forma de relacionarse el hombre con Dios. Para los antiguos la humildad no era una virtud social, sino religiosa. Este significado religioso de la palabra “humildad” es el que mantiene todavía ante su vista el filósofo Otto Friedrich Bollnow en su libro sobre la *Esencia y transformaciones de las virtudes*. Bollnow habla de la modestia como de una conducta y una actitud frente a los demás hombres, reservando en exclusiva la humildad para referirse con ella a nuestra relación con Dios:

La humildad no hace en absoluto referencia a esa relación entre dos personas en la que la primera se sentiría acaso superior a la segunda o viceversa, sino a una relación incomparable desde todo punto de vista con la anterior y por principio del todo diferente de ella: la del hombre con la divinidad, en la que el primero tiene experiencia de lo irremediable de su insuficiencia. La humildad tiene aquí su base en la consciencia de la finitud de la condición humana, pero no en el sentido neutro de lo limitado de todas las fuerzas de ésta, sino en el sentido, mucho más hondo, de la radical nulidad de su ser.¹

En este texto queda claro que la humildad no es –como lo serían unos modales discretos, por ejemplo, o una forma comedida de expresarse– una conducta que uno pueda imponerse a sí mismo. La humildad no es una conducta aprendida, sino que nace en una experiencia, la experiencia de la propia insuficiencia ante el Dios infinito y perfecto. Y en esa misma medida, ambas ideas –humildad y experiencia de Dios– prueban estar mucho menos alejadas entre sí de lo que parecería a simple vista. La humildad es también ella misma una experiencia. Como inclusive veremos, la experiencia oculta tras la palabra “humildad” es en última instancia una experiencia idéntica a la experiencia de Dios. El hombre no puede tener experiencia de Dios sin a la vez tener experiencia de sí mismo ante Él. Humildad es la experiencia de sí mismo en la experiencia de Dios. Humildad y experiencia de Dios son, en

1. Otto Friedrich Bollnow, *Wesen und Wandel der Tugenden*, Berlín 1965, p. 131.

último término, los dos polos de una misma y única experiencia, en la que la persona toma consciencia de la grandeza y santidad de Dios y de sus simultáneas finitud y pecaminosidad.

En lo que sigue vamos a preguntar a monjes que vivieron en tiempos muy anteriores a los nuestros por sus experiencias consigo mismos y con Dios. Fueron hombres experimentados, que trataron de anular toda distracción en el desierto con el fin de situarse frente a lo esencial. De ellos no podemos esperar eruditas disquisiciones, pues eran escépticos ante libros y supuestas sabidurías. No buscaban saber, sino experimentar. Pero precisamente por eso tienen ellos algo que enseñarnos. Porque, en lo que a saberes se refiere, tenemos todos los que queremos y aun nos sobra, hasta el punto de tener que meterlos a todos ellos en bancos de datos, pero en lo que hace a experiencias, a una experiencia genuina de Dios y de nosotros mismos, ellas son justamente lo que suspiramos por tener. Esa sed nuestra de experiencias podemos aplacarla entre los monjes antiguos, para los que lo que de verdad contaba no eran discursos, sino únicamente aquello que uno mismo experimentaba:

Un hermano vino a ver al padre Teodoro y empezó a hablar y tratar de cosas de las que no tenía aún experiencia. “Todavía no has encontrado la nave –le dice el anciano–, aún no has cargado el equipaje, ¿y ya has llegado a aquella ciudad antes de haber partido? Haz primero la obra y después llegarás a aquello de que hablas ahora”.²

2. *Weisung der Vater – Apophthegmata patrum*, traducción de Bonifaz Miller, SOPHIA, vol. 6, Trier, ³2009. Apotegma 276.